

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

LA ACCION DE LOS INTRIGANTES

Nos sugiere algunas reflexiones la enojosa incidencia provocada por cierto ex anarquista y actual agente político del partido radical al publicar, tergiversando su contenido, algunos fragmentos de una carta particular del compañero Max Nettlau. Se ha querido, con un golpe efectista, haciendo uso de palabras y conceptos convenientemente condicionados al paladar de los enemigos encubiertos del anarquismo, hacer creer al lector desapercibido que uno de los más ilustres representantes de nuestro movimiento ideológico aceptaba y aprobaba la propaganda confusionalista de los conversos al bolchevismo y a la dictadura.

Ya se encargó el mismo Nettlau de lapidar al aprovechado agente del gobierno argentino. Clara y terminantemente niega nuestro compañero que haya pensado en aplaudir una propaganda que juzga perniciosa para el movimiento anarquista. ¿Y podría él, que tiene sus razones para estar al tanto de la propaganda revolucionaria en la Argentina, aceptar como un exponente del pensamiento anarquista las intrigas, difamaciones y burdas patrañas del pasquin policial que sirve de órgano a los agentes de Moseú que se disfrazan con el nombre de una supuesta Alianza Libertaria Argentina?

Max Nettlau, como otros compañeros de reconocida capacidad y sinceridad, puede diferir con nosotros — con la orientación de LA PROTESTA — en ciertas cuestiones de orden táctico. Y no ocultamos que en el terreno de la acción gremial, principalmente en lo que respecta al concepto de la unidad obrera y del valor específico del sindicalismo, chocamos con frecuencia con casi todos los camaradas que militan en el movimiento obrero europeo. Pero, ¿es posible que esos puntos de divergencia, que sólo pueden separarnos circunstancialmente en determinadas cuestiones tácticas, sean confundidos con los verdaderos principios ideológicos, que mancillan esos renegados que buscan "coincidencias" para justificar sus traiciones en el pensamiento de los compañeros que están precisamente en el extremo opuesto de sus falsas posiciones?

El incidente provocado por uno de los dirigentes de esa agencia política que se intitula A. L. A., nos obliga a poner en descubierto todo el sistema de propaganda empleado para sus cosas por esa "mafia" de confidentes policiales y provocadores al servicio del capitalismo. Y tengase en cuenta que no es sólo Max Nettlau el que recibió la ofen-

sa de esos vulgares oportunistas e insidiosos. Son casi todos los militantes destacados del movimiento anarquista los que, sin saberlo ni quererlo, fueron catalogados como partidarios y defensores de una propaganda que sólo favorece a la burguesía y tiene como objetivo único llevar la confusión a las filas del proletariado consciente.

Para dar vida aparente a una fracción huérfana de pensamiento y de

culpa y eargo a los más indignos y repelentes traidores.

Todos esos recursos no sirven para acrecentar las menguadas filas del anarco-bolchevismo. No impresionan a nadie, en nuestro medio, esas volteretas de payasos. Conocemos demasiado a los bufones para dar crédito a sus bufonadas. Pero fuera del país ya es otra cosa. El grupo policíaco que se disfrazó con el nombre de A. L. A. se procura recursos pa-

tontos y da armas a los malvados para combatir al anarquismo. Y eso se hace simulando la defensa de nuevas ideas, con todos los subterfugios del marxismo, mintiendo y difamando para mejor servir a quienes alimentan el confusionalismo y medran a costa de la división de la clase obrera revolucionaria.

La modalidad que señalamos no es nueva en nuestro ambiente revolucionario. Antes de que el bolchevismo ofreciera sus sugestivas y nutritivas realidades... los mismos personajes que dirigen la "mafia" anarco-bolchevique recurrían al mismo método para ganar adeptos a sus disparatadas y truculentas iniciativas. El autobombo y la adulación fueron sus armas favoritas. Se empeñaron en hacer una personalidad de su ineptitud. Adularon al amigo para que el amigo los adulara a ellos. Se calificaron mutuamente de genios, prodigáronse elogios y se hicieron el panegirico para hacer creer a los tontos que se las habían con verdaderos tipos geniales...

Recordemos algunos antecedentes de las correrías, en el campo gremial e ideológico, de los principales personajes de la "mafia" policíaco-dictatorial. García Thomas es el jefe, "por derecho propio", de esa "troupe" de payasos. En su mollera se alambican todas las iniciativas geniales. De su invención es aquel abortado "partido anarquista", aquellos soviets, aquel órgano bolchevique, aquellas truculencias revolucionarias que llevaron a la cárcel a incautos compañeros, esta A. L. A. que quiere ser la izquierda del comunismo de Estado y ese pasquin policial que oficia de órgano del "anarquismo nuevo".

He ahí, pues, suficientemente calificado, al agente profesional, al intrigante, al simulador, al reptil.

El segundo personaje tiene las mañas del primero. Jesús M. Suarez, autor de la felonía que venimos comentando, hace años que es un protegido del partido radical. De sus amigos, los radicales de Santa Fe, recibió favores y prebendas, a cambio de sus buenos oficios como agente obrerista en aquella provincia. Actualmente disfruta de un puesto gubernativo en la provincia de Tucumán, lo que no le impide seguir "trabajando" de anarquista para mejor servir al gobierno que lo nutre. Y ese tipo de baja estofa, el principal "teórico" del "anarquismo nuevo", es el que secunda todas las canalladas de su jefe y pariente y oficia de orientador de ese grupito ganado por las adulaciones y las intrigas de ambos sujetos.

La pobre historia de los segundos del "alismo" no merece la pena mencionarla. ¿Qué importancia tienen esos pobres histriones empeñados en immortalizarse? Su pequeñez

EN RUSIA



— EL PUEBLO: Por más que ando me parece estar en la misma, maestro
— ¿En la misma, pueblo de poca fe? Anda, que ya verás si estamos en la misma!

energías, se recurre a las coincidencias... Un día se dice que Malatesta defiende los frentes únicos y la unidad obrera, como la entienden los agentes de Moscú. Al siguiente se hace decir a Fabbri las cosas que convienen a la camarilla anarco-bolchevique empeñada en destruir nuestro movimiento anarquista. Y, por fin, recurriendo a una grosera estrategia, se consigue una carta de Nettlau que puede servir como "documento" para garantizar un producto averiado y hasta absolver de

ra mantener su propaganda confusionalista. Trabaja en forma extraordinaria el secretariado de correspondencia para el exterior. Y el pasquin intitulado "El Libertario", que nadie lee en la Argentina, es difundido gratuitamente en América y en Europa, llega a la redacción de todos los periódicos obreros, da la impresión en el exterior de que realmente representa algo en este país.

El "alismo" vive de eso. Es una propaganda de "camouflage", al estilo mosecovita, que impresiona a los

La preparación revolucionaria en los sindicatos

moral e intelectual los aplasta, y desaparecen de escena sin dejar el más leve rastro. Ellos no son más que partiquines en la farsa que representan los dos conocidos agentes del gobierno y de la burguesía de este país. Dejémoslos, pues, en la tranquila vulgaridad del anonimato.

Nos resta decir dos palabras. La enojosa incidencia provocada por la "mafia" que opera desde el pasquín policíaco-bolchevique "El Libertario" no puede perjudicar en nada la reputación de nuestro viejo compañero Max Nettlau. Su caso se ha repetido con todos los militantes destacados del anarquismo, y hasta con camaradas poco conocidos en la propaganda revolucionaria de Europa y América.

Los confusionistas emplean siempre el mismo procedimiento. Ensalzan a un militante para atacar a otro, y hacen suyas las ideas, las opiniones y los pareceres que circunstancialmente puedan servir a sus fines políticos. Dicen, por ejemplo: "El compañero Tal, honesto, inteligente, revolucionario, etc., etc., muy conocido y apreciado en el movimiento anarquista, dice esto y lo otro, dándonos la razón". Y cuando quieren conquistar un adepto para su causa, escriben al candidato en este tenor: "Compañero: Como usted es el más inteligente, el más capaz, el más honrado, el más consciente y el más activo de esa localidad, le escribimos para que nos preste su apoyo en la labor revolucionaria que tenemos emprendida". Y después siguen los elogios, las instrucciones, las posibilidades revolucionarias... haciéndole entrever al crédulo camarada que muy pronto será elevado a la categoría de jefe o algo así de la propaganda local, aún cuando hasta entonces no haya sido más que un simpatizante del montón.

Conociendo el sistema de propaganda que emplean estos malos sujetos, ¿a quién puede admirar que lleguen a procedimientos tan repudiables como el de hacer de una carta particular de Nettlau un recurso político para sus fines confusionistas? Estos agentes policíaco-bolcheviques, en su afán de servir al amo que los alimenta con las sobras, son capaces de cualquier cosa.

Para evitar emboscadas, los compañeros de Europa y América deben tenerlos muy en cuenta. Alerta, pues, con los sujetos que tienen para sus menesteres una supuesta A. I. A. con un órgano o conducto de sus miserias: "El Libertario". La propaganda de ese pasquín la paga la mano oculta del capitalismo y son sus inspiradores individuos que andan siempre dispuestos a venderse al mejor postor.

Los hechos hablan y ante los hechos no caben vacilaciones. Que los anarquistas den su sanción moral en esa vulgar contienda mantenida por los peores enemigos del anarquismo.

CAMARADAS: El próximo pic-nic a beneficio de LA PROTESTA, se realizará el 6 de Enero.

Si se perdiese en muchas suposiciones, el proletariado — o mejor, aquella parte de proletariado que desea más tenazmente la revolución — debe desde hoy ponerse en condiciones de vencer con las fuerzas que ahora sabe que tiene y con la visión exacta de las fuerzas que hoy tiene el capitalismo. Si las cosas mejoraran pronto, tanto mejor. Pero, a priori, el concepto de una revolución casi pacífica, como la conciben los utopistas del sindicalismo, debe absolutamente ser descartada.

En el libro de Pataud y Pouget, de que hemos ya hablado, se habla de los modos de hacer la guerra a los invasores extranjeros, que acudiesen en socorro de la burguesía del país, con criterios del todo fantásticos, aunque se inspiren en previsiones científicas. Pero, repetimos, aun poniéndonos en grado de aprovechar de todos los progresos científicos futuros, debemos también prepararnos a la guerra contra la burguesía, con los medios actuales. De modo de poderla hacer también sin contar sobre futuras invenciones balísticas químicas y físicas.

Muchos revolucionarios tienen el hábito de subordinar la práctica revolucionaria a progresos materiales y morales aun no alcanzados. Algunos dicen: la revolución se podrá hacer cuando las conciencias estén formadas, cuando el proletariado haya evolucionado más, etc. Otros dicen: la revolución vendrá cuando la propaganda antimilitarista haya conquistado o descregado al ejército, cuando la organización pueda garantizarnos una huelga absolutamente general, etc. Otros aun, dicen: la revolución será posible cuando los progresos de la química y de la electricidad pongan al alcance de todos los medios más potentes de ataque y de defensa, y así sucesivamente. Es un error grosero que tiene por consecuencia reanar eternamente al mañana lo que se puede hacer hoy.

No está dicho con esto, y más bien es necesario decir lo contrario, que no se deba, paralelamente a la preparación de la revolución, pensar en formar conciencias libertarias y revolucionarias todo lo más posible en cuanto a número y elevación moral, que no se deba colaborar a la elevación progresiva y a la organización del proletariado, que no se deba hacer propaganda antimilitarista de modo de debilitar lo más que se pueda las fuerzas burguesas, que no se deban seguir con simpatía y alentar los estudios científicos que hagan más probable nuestra victoria. Todo esto se puede y se debe hacer, y más aun, y los anarquistas lo hacen, en efecto, con su obra de propaganda y de agitación — pero no sólo a tal trabajo no debe ser subordinada la revolución, sino que el mismo debe ser conducido de modo que la revolución se haga, por parte del proletariado, posible a la primera circunstancia favorable.

A tal objeto, es necesario que junto a la propaganda teórica libertaria y a esa práctica inherente al movimiento sindical, sea hecha con mayor intensidad que en estos últimos años la propaganda revolucionaria. Y con esto entendemos no sólo la propaganda de métodos revolucionarios de agitación en el seno de las organizaciones, sino una especial propaganda insurreccional, tendiente a convencer a la masa proletaria de la necesidad y de la posibilidad de una revolución antipatronal y antistatal. También hoy, con los medios que también ahora estarían al alcance de nuestra mano con sólo que lo quisiéramos seriamente.

No es cierto que el hablar de "hacer la revolución" haya hecho su tiempo y no halle más eco en el ánimo de las masas. Yo mismo he podido constatar lo contrario, las pocas veces que he debido, por las necesidades de la propaganda, hablar en público. No siendo orador, esto me sucede muy raramente: pero cuando lo he hecho y he hablado de la necesidad y posibilidad de la insurrección proletaria, he visto siempre brillar una llama confortante en los ojos de los que escuchaban, especialmente si eran auténticos trabajadores de los campos o de los peque-

ños centros aun no apesados por el solo pesimismo de las grandes ciudades.

Hay que difundir en la masa obrera este sentimiento y deseo de una revolución liberatriz. Hay que llevar este nuestro apostolado al seno de las organizaciones para que la masa proletaria esté psicológicamente preparada para un acontecimiento como el que nosotros queremos apresurar. Y por otra parte se debe adelantar la posibilidad de la revolución, no sólo hablando de su necesidad en línea general, sino también preparando las condiciones y los medios para que el mínimo incidente no les coja desprevenidos; para que, también, nosotros mismos podamos en el momento que nos parezca oportuno, provocar aquellos hechos que puedan conducirnos a una revolución.

...

Sin duda, la organización sindical es un gran depósito de energías, que permitirá a la próxima revolución el vencer. Pero como ya he dicho otra vez, ella sola sería insuficiente para la tarea y es inapta para ciertas funciones específicas de acción revolucionaria, a las que pueden proveer mejor los grupos reducidos de hombres de acción bien decididos. Hablando del terrorismo económico, en uno de los capítulos precedentes, he dicho ya algo al respecto.

Leí hace algunos años en un periódico de propaganda un artículo sin firma, que era muy claro y convincente sobre este asunto de la preparación revolucionaria. Lo he conservado entre mis papeles, y aún hoy entiendo que merecen reproducirse algunos de sus pasajes más interesantes.

Después de haber hablado del daño enorme hecho por aquellos que, por excesivo practicismo, han desacreditado todos los medios insurreccionales pasados, y de la ineficacia del solo entusiasmo para vencer las resistencias y la violencia de la burguesía, el anónimo autor continuaba:

"La necesidad quería, para el buen éxito de la lucha, que el proletariado obrase inteligentemente, siguiendo planes establecidos, y preparados con frialdad y previsión, y que supiese precisamente el objeto de todos sus movimientos, cosa que se podría obtener solamente difundiendo el conocimiento de todos los medios de combate de que se podría disponer en una revolución.

"De una treintena de años a esta parte, desgraciadamente, se ha perdido el hábito de la revolución. Nuestros abuelos lo tenían mucho más que nosotros, y en todos los movimientos populares un instinto infalible los guiaba haciéndoles escoger los medios mejores para afrontar a las fuerzas gubernativas y sacar a menudo la mejor parte. Todos saben como durante el entero período de la revolución italiana, las barricadas, levantadas por el pueblo, y los malos fusiles de los batallones ciudadanos y de las guardias nacionales consiguieron rechazar y echar fuera de las ciudades fuertes ejércitos agueridos en las batallas campales. En Francia, donde se han tenido los más espléndidos períodos revolucionarios de la historia del mundo, especialmente en el siglo diez y nueve, el pueblo, a intervalos de poco más de una veintena de años, ha debido muchas veces empuñar el fusil y salir a la calle para abatir un gobierno, echar un rey, instituir una república, o para tentar directamente las bases de una sociedad comunista.

"Y de esto había resultado una tal costumbre en las insurrecciones populares, que los rebeldes sabían ya lo que se debía hacer, amestrados por las instrucciones precedentes: hasta había famosos especialistas de las barricadas, que aparecían cuando había alguna tempestad en el aire, como las "proclerías" antiguas, los cuales levantaban en pocas horas baluartes formidables con la calma y la precisión que podría tener un ingeniero al construir un fuerte".

Los anarquistas en la propaganda y en la acción en el seno del proletariado or-

ganizado "deberían tener siempre presente la revolución como un acontecimiento a cumplir de un momento a otro, apenas la ocasión parezca oportuna, y cesar de considerarla como una cosa que vendrá por sí, sin nuestra voluntad y nuestra intervención, y que debe efectuarse casi sin nosotros... y considerarla en casi teóricamente... Deberían pensar en todos los medios prácticos para efectuarla: es preciso hablar de continuo entre los compañeros, aconsejarse con quien pueda dar algún útil parecer, y pensar en todas las posibilidades en todas las eventualidades y en todas las formas que una lucha entre el pueblo y las clases dominantes podría asumir.

"De modo que cuando el movimiento hubiese venido, el pueblo no pudiese ser tomado desprevenido, espantado o intimidado por los medios de ataque nuevos o imprevistos que la burguesía pudiese en acción.

"En suma, hay que persuadirse de que la revolución no viene por sí, que es necesario prepararla cuidadosamente, y cuanto más preparados creemos, moralmente, con el concepto generalizado de que las fuerzas populares pueden vencer a las fuerzas burguesas, y materialmente, con el apresto de todos los medios de combate que pueden conducir a la victoria, tanto más cercana estará la época de un cambio general, y mayores serán las probabilidades del triunfo".

Recuerdo yo que algo semejante nos aconsejaba en una reunión internacional de anarquistas, en Roma, en 1904, Francisco Ferrer — que había venido para un congreso — incitándonos a estudiar y preparar los medios para tener a raya a la burguesía en la próxima revolución o en la primera huelga general.

...

Yo no debo ahondar aquí, en un tratado técnico sobre el modo de preparar la revolución; quizá no tendría ni siquiera la capacidad. Pero no estaría mal que los que son en la materia más experimentados y técnicamente prácticos hiciesen publicaciones especializadas, los resultados de sus estudios técnicos sobre la acción revolucionaria colectiva. Algo de este género se ha hecho en el pasado en muchos países, pero exclusivamente, o casi, para lo que se refiere a la acción individual, la llamada "propaganda por el hecho".

Hoy, en cambio, es mucho más necesario, el estudio de los sistemas y de la conducción de las acciones colectivas, que son las verdaderas fautoras de una revolución duradera y concluyente, mientras las individuales, aparte algunos casos excepcionales, pueden tener sólo un carácter de represalia, de protesta y de propaganda, de efecto parcial y limitado, — apreciable ciertamente, desde un punto de vista moral, pero que no alcanzan la importancia de una revolución.

El movimiento obrero y la organización sindical son un vasto campo, en el que los anarquistas pueden cultivar y desarrollar esta fuerza revolucionaria. Necesaria para abrir a todo el proletariado los caminos del porvenir. No hay necesidad, más bien sería grave error, que para ello se empeñen el nombre, los medios materiales y los órganos oficiales de la organización. La organización vasta, abierta a todos los trabajadores, neutra entre los varios partidos, puede no obstante ofrecer a los anarquistas la posibilidad y la oportunidad de la propaganda, de la selección de los elementos mejores para la acción, de la difusión de la cultura técnica revolucionaria, sea por medio de la prensa o a través de conferencias de carácter histórico, de física, de química, etc.

En las organizaciones obreras los reformistas prefieren abrir cursos nocturnos de instrucción sobre la legislación social, sobre la administración comunal y provincial, o bien sobre el arte, la literatura, etc. Muchos de estos asuntos pueden ser interesantes y contribuir a la cultura de los trabajadores, no hay duda. Pero esta cultura, ¿no podría ser completada por los anarquistas y por los revolucionarios en general, con cursos de estudio de otro género? Por ejemplo, una serie de lecciones históricas sobre las revoluciones pasadas, con el examen de las condiciones y métodos que las han conducido a la victoria, o de los errores que las han llevado a la ruina, podría ofrecer magníficamente la ocasión de enseñar a

los trabajadores como ellos mismos podrían comportarse mejor en una revolución futura.

Digase lo mismo para otras ramas de la cultura interesantes o en relación más o menos directa con el mismo asunto. Lecciones de física y de química podrían hacer ver a los trabajadores como ciertos medios de ataque y de defensa están al alcance de su mano mucho más de lo que creen. Utilísima, y diría casi indispensable, sería la instrucción técnica de los trabajadores para obtener en el menor tiempo la mayor producción agrícola, necesaria en un país que por una razón cualquiera quedase de improviso aislado de las otras naciones: producción a la cual todos los proletarios, también en las grandes ciudades, podrían cooperar eficazmente. El estudio de los sistemas de aprovisionamiento, de concentración y distribución de los géneros, de organización de los servicios públicos y de las comunicaciones, etc., sería también utilísimo.

Muy largo sería el pasar en revista uno a uno todos los asuntos que podrían ser desarrollados, para formar una cultura teóricamente, históricamente y técnicamente revolucionaria de los trabajadores. El ambiente más apropiado para esta formación mental, además de psicológica, del obrero revolucionario es indudablemente la organización sindical. Sin embargo no es la organización la que puede, ni sabría, encargarse de ello; son los grupos de minoría revolucionarios y anarquistas, aquellos a los cuales concierne

la tarea específica. Son ellos los que en el ambiente sindical deben desarrollar su tarea de educación y de preparación de la revolución, en plena independencia de espíritu y autonomía de medios, usando de su derecho como trabajadores organizados, y ejercer en el seno de la organización su propia influencia como hacen todos los otros trabajadores de los demás partidos.

Pero son estas minorías revolucionarias que deben por las primeras convencerse de que la revolución no "viene por sí"; que ella se produce y puede vencer y traer útiles resultados solamente si los revolucionarios, conscientes de sus propios fines, estarán preparados y la precipitarán sabiendo lo que hacen y quieren hacer, y no procediendo sin ton ni son. Es necesario sobre todo recordar que sería mortal, y causa de tremendas desilusiones, esperar la victoria de la imprevisión, de la inercia, de los errores de las clases dirigentes. La victoria no puede venir más que de la fuerza de voluntad y de la acción directa del proletariado y de sus minorías más conscientes.

Luigi Fabbrì

Después de seis años de revolución autoritaria, 1917 a 1923

5 de noviembre de 1923

Seis años después de la inmensa conmoción social en Rusia, cinco años después de tantas situaciones y esfuerzos llamados revolucionarios en una gran parte de la Europa central, se habría esperado un poco más de corriente socialista, de ímpetu revolucionario, de solidaridad, de entusiasmo, de vivo sentimiento humano en fin en esos países mismos y en todas las demás partes del globo, en esos países en que las ideas socialistas, los movimientos y la organización socialistas han adquirido un desenvolvimiento tan intenso y tan variado desde hace mucho tiempo, porque el socialismo no es ya joven. ¿Es ya demasiado viejo, ha envejecido demasiado pronto, morirá antes de una verdadera floración? Estas preguntas tal vez no sean demasiado pesimistas: Hubo una funesta bifurcación de la corriente emancipadora que desbordaba en sus orígenes de juventud y marchaba directamente a la creación de un mundo nuevo. Pero seducida por el milagro de un éxito inmediato, la tendencia reformista y autoritaria abandonó desde hace mucho tiempo la lucha por una sociedad libre, y expulsó la idea de libertad de sus concepciones, se ha condenado a la esterilidad, a la incoherencia y a la senilidad precoz, y al mismo tiempo, al dividir la corriente revolucionaria en dos fuerzas que no pueden establecer jamás entre sí una verdadera solidaridad, ha puesto a raya el progreso del movimiento social entero, e hizo perder a las aspiraciones socialistas su primera campaña mundial. No serviría de nada el ocultar en qué grado la defecación de la mayoría de los socialistas contemporáneos arruinó igualmente nuestras propias esperanzas de socialistas libertarios.

Así, los acontecimientos desde el momento que el socialismo internacional había podido reaccionar en una gran escala contra la guerra y no lo ha hecho, en 1914, desde que hubiera podido aplicarse sin embargo a poner fin a la guerra en 1917, — desde que estuvo frente a las resoluciones sociales y políticas en Rusia en marzo y en noviembre de 1917, — desde la caída de los imperios y todos los acontecimientos revolucionarios en la Europa central en 1918 y 1919 hasta el momento, — esos acontecimientos han probado la ineficacia, la impotencia, la nulidad socialista absoluta del socialismo reformista, político, de la socialdemocracia y de los partidos obreros por consi-

guiente, con su cola de sindicatos moderados, centralizados; — han probado también que la parte en apariencia revolucionaria de los socialistas autoritarios, los que no se conforman con arreglarse con la burguesía para obtener algunos rebojos de un poder ficticio, como lo hacen los socialdemócratas aprisionados y domesticados, pero que empuñan todo el poder por sí mismos y algunas veces triunfan, no se convierten, por esa victoria — ganada con el apoyo de todos los socialistas — más que en monopolistas usurpadores, en tiranos que odian, maltratan y aplastan, todo lo que pueden, toda otra concepción socialista y no saben naturalmente para eso más que establecer un triunfo puramente militar y policial, por consiguiente temporal, prolongado artificialmente mediante expedientes y que no constituye en realidad más que un espantajo que sirve a la reacción para desacreditar el socialismo entero ante la gran masa de los no iniciados y de los mal instruidos. Se puede tener poca estima objetivamente por las opiniones de esa masa demasiado fácilmente influenciada por los prejuicios, y las apariencias, pero sus simpatías o su hostilidad sorda, por móviles y poco razonados que sean, tienen siempre una influencia inmediata al crear una atmósfera, un ambiente, en que tal o cual idea, hinchada por el viento de una cierta popularidad, hace progresos rápidos, mientras que tal otra, cualquiera que sea su valor, parece tener plomo en sus alas frente a una indiferencia general.

El contacto de la ineficacia de los socialdemócratas y de los comunistas autoritarios ha reobrado sobre el sindicalismo revolucionario europeo, en el cual las tendencias revolucionarias en otro tiempo, y sobre todo en teoría, tan fuertes, han sido impotentes contra tantas otras corrientes e influencias personales y llamadas prácticas. El matiz anarquista sindicalista puro ha quedado por eso en un aislamiento del que trata ahora de desprenderse y sin duda todos nuestros votos están a su favor en su esfuerzo presente. Los anarquistas europeos no han podido inspirar por sí un impulso correspondiente a sus ideas a los acontecimientos y han perdido mucha fuerza, sea por una solidaridad más bien sentimental que reflexiva con los movimientos en que su espíritu no tenía ninguna verdadera probabilidad de prevalecer, sea por una polémica con los más fanáticos precisamente de sus opositores, que son los más difíciles de convencer. Por consiguiente, han sufrido todas por la falta de algunos y

la idea de que el fracaso de los autoritarios aumentaría la atracción de las ideas libertarias, es desgraciadamente una nueva ilusión; la depresión y la enfermedad del cuerpo social afecta y debilita el socialismo entero, porque es imposible, parece, que sobre un terreno que por alguna razón está mal adaptado, languidezca una especie de socialismo y otra florezca en su lugar; la desgracia crea, al contrario, una comunidad en la ruina.

Sin duda estos años han aportado algo nuevo o más bien mostrado ciertas tendencias impregnadas de vitalidad y que llegan al primer rango. Así, a pesar de la socialdemocracia, la crítica del parlamentarismo había impresionado a las masas, la idea de la acción directa las influenció también y de todo eso surgió la idea soviética, las asambleas primarias y los consejos obreros, esfuerzo para reemplazar el sistema representativo por un sistema en que el individuo no se entregara, con las manos esposadas, a la discreción de sus elegidos, — esfuerzo que testimonia una crítica, una buena voluntad, pero que debía volver a llevar al parlamentarismo del cual no destruye el principio, y del cual es en realidad más bien una intensificación, una ampliación en detalle y en todas partes, una reducción por tanto de la argolla autoritaria, y un camino muy falso de liberación. — En el sindicalismo se ha mostrado un desenvolvimiento semejante; junto al sindicato lejano está la cohesión estrecha de todos los empleados, — de oficinas y de sindicatos diferentes a menudo, — de una fábrica, fuerza más efectiva y directa que el sindicato, sea para paralizar la producción en caso de lucha, sea para reiniciarla por los obreros mismos con la cooperación de los elementos técnicos y la eliminación del parásito que embolsa el beneficio neto. Esta idea, difundida en todos los países y practicada hasta la expropiación temporal, la ocupación de los establecimientos metalúrgicos y su posesión en Italia, en 1920, nos adelanta mucho, y el mecanismo de la producción futura ha sido hallado por decirlo así; será un procedimiento más sencillo de lo que se creía, — el no reconocimiento en lo sucesivo de los pretendidos derechos de los parásitos que no añaden nada a la eficacia técnica de la producción. También hubo aquí y allí alguna expropiación de la tierra, cuya importancia para la nutrición es mejor apreciada que en el mundo de la abundancia agrícola de antes de la guerra, cuando la concurrencia mundial hizo aparecer la tierra y los campesinos de Europa como accesorios y como veleidades inútiles, con los cuales no se sabía bien qué hacer. Ahora, allí al menos donde se sufrió la falta aguda de alimentos, la ruptura entre la industria y la agricultura, creada por el sistema de la perfección del maquinismo se ha hecho menor, se sienten estrechamente ligadas de nuevo y la "aldea industrial", la agricultura intensiva, muchos de los ideales de Kropotkin y de Morris se han convertido en la esperanza, en el sueño de personas que se sienten instintivamente impulsadas hacia la vuelta a la tierra, sin que las aspiraciones libertarias que estuvieron siempre dirigidas hacia esa fin, las sean conocidas siquiera. Es sobre ese terreno que se acercan más nuestras ideas a las vagas aspiraciones de muchos desorientados, desilusionados del industrialismo *outrancier* y que tratan de hallar algo mejor, una manera de vivir en que cesen de ser engranaje insignificante de la maquinaria del Moloch industrial, y lleguen a ser hombres completos con brazos y cerebro propio en el taller y en la tierra.

Otras dos tendencias características todavía son capaces de llevar el bien a su seno. Se siente hoy un poco por doquier que grandes partes del viejo sistema están en quiebra, que saldrá de ellas no se sabe qué, — pero no se asombra uno ya de nada, se prevén cambios y se les acepta pronto, aunque más bien con resignación que con entusiasmo. Los cambios radicales encontrarían pues menos resistencia de lo que se habría creído, lo que no quiere decir, sin embargo, que hallarían un mundo capaz y deseoso de realizarlos; ese mundo sólo los soportaría como ha soportado también tantas otras cosas en esta última decena de años. La resistencia sería, pues, minorada, pero faltaría el verdadero interés aún, si veo bien, — Otra constatación es aquella que, aunque

hayan sido impuestos tantos sufrimientos al pueblo trabajador, sus necesidades se han acrecentado durante este período; exige de comer y donde alojarse mejor y trabajar menos tiempo y se esfuerza menos de lo que hacía antes de la guerra; como el campesino, el obrero siente ahora el valor de su trabajo, y no volverá a la frugalidad absoluta, al trabajo destructor de su salud, y nocivo para su desenvolvimiento intelectual, como otras veces. Este hecho ha desequilibrado la producción capitalista que había basado sus cálculos sobre la existencia de masas obreras impulsadas por la miseria a venderse al precio más bajo y a hacerse matar con un trabajo excesivo. Estas masas no existen ya en los países de Europa, donde la crisis irremparable de la guerra tocó aunque sea poco: aún los desocupados permanecen más bien hambrientos que echar mano a la reconstrucción del sometimiento del trabajo de la anteguerra.

Pero si estos cambios de la acción y de la mentalidad populares nos dan esperanzas, no perdamos de vista la falta terrible de espíritu y de deseos de libertad en las masas, sean socialistas, sean populares en general, su disposición para adoptar una dirección autoritaria cualquiera, para ejercer ellas mismas no importa qué autoridad siempre que sea una expresión pretendida de la igualdad, — y ¡ay! también sin ello. Se encontrarán siempre en una multitud 99 personas sobre cien dispuestas, encantadas para hacer obra de autoridad, por ser funcionarios, consejeros de cualquier suerte, ejército o policía: eso les agrada mucho, ejercer autoridad ellas mismas y no tener responsabilidad, ser cubiertos por la autoridad de sus jefes superiores. Hemos visto también el funcionarismo, lejos de haberse quebrantado por la caída de los regímenes políticos, pretenderse rejuvenecido más bien por esos cambios, popular y repoblarse en un semillero escandaloso, ser republicano, socialista y, proclamarse trabajador del pensamiento, de la noche a la mañana, y prometer la perennidad absoluta del parasitismo estatista; lo mismo que los políticos, grandes, pequeños y minúsculos no han hecho más que aumentar, y todo el mundo quisiera ser funcionario o elegido, investido de una autoridad cualquiera. Eso nos muestra los desgastes hechos en la mentalidad popular por el desprecio sistemático de la libertad durante cincuenta años, y más, de socialdemocracia y de obrerismo autoritario, y el trabajo que nos espera es salvar la idea de la libertad y de la dignidad humanas del olvido en que el estatismo, aceptado ciegamente por el socialismo autoritario, les han permitido caer. Será un trabajo inmenso, pero indispensable para nosotros.

Resumiendo todas estas impresiones, nos parece que es una verdad desagradable, pero hay que reconocer que, en lo que sucedió en Europa en el terreno de las luchas sociales activas desde 1917, los autoritarios han tomado la iniciativa y la mantienen aún, lo que hace impotentes los mejores esfuerzos libertarios. Las masas populares desde su punto de vista, no ven más que un solo esfuerzo socialista, que es autoritario; no nos ven a nosotros y no nos comprenden, y van rechazando a los vencedores autoritarios, cuyo prestigio les desvanece y no se alejan de las tradiciones seculares de las masas, habituadas a ser dominadas — lo son por sus nuevos amos como lo fueron antes.

Si este círculo vicioso que encadena los socialistas autoritarios y las eternas víctimas de su "servidumbre voluntaria" no es roto por una serie *iniciativa libertaria*, todo irá de mal en peor y el socialismo entero va a ser ensombrecido y será reemplazado por un sistema todavía más autoritario, la esclavitud fascista, por ejemplo, que llama ya a las puertas; el capitalismo, el nacionalismo, el clericalismo tras el heredará y el Estado, es decir, el conjunto de funcionarios, pasará de un golpe a él allí donde no se encuentre ya en el campo fascista.

Una revolución social *presente*, precipitada, en estos países desgraciados, no cambiaría nada en mi opinión. No llegaría, si triunfa, más que al triunfo de una autocracia socialista que sería la tumba de la libertad y la víspera de un regreso a un estado deplorable, que el

fascismo y otros crueles fenómenos de nuestra época, permiten adivinar, pero que es inútil querer presagiar. Frente a la mentalidad autoritaria de los socialistas y de las masas y a su falta de las menores disposiciones de tolerancia hacia los libertarios, el apoyo que daríamos a una tal revolución sería deplorable en el sentido de nuestras ideas, que no hallarían más que persecutores en los nuevos amos, como sucedió en Rusia y sucederá en todas partes.

Importaría, pues, coordinar los esfuerzos para una iniciativa libertaria. Estudiemos con atención todos los puntos de apoyo, los movimientos que tienen aún por base el voluntarismo, la asociación libre, la federación, la coexistencia de los diversos matices, la experimentación libre, la abstención del Estado, el verdadero internacionalismo. Tales movimientos existen por todas partes, sólo que, atacados como nosotros mismos aquí, por la impotencia frente al autoritarismo victorioso, nos parecen muy insignificantes — justamente como la anarquía europea de nuestros días parece ser muy pequeña para ellos, y lo es en efecto en este momento. No será mayor, estoy seguro, si se asocia por decirlo así exclusivamente con una parte del movimiento sindicalista que, en el fondo, es un movimiento práctico en primer lugar y no puede poner las ideas en primer término, por buena que sea la voluntad de los compañeros en los sindicatos. El anarquismo europeo no crecerá más que por la nueva sabiduría que se saque de todos los elementos no ofuscados por la autoridad y que contienen las corrientes que acabo de describir, y de todos los desilusionados de las orgías de la autoridad capitalista y socialista que vagan en el mundo actual, y aún del gran número de aquellos a quienes no llega todavía la voz débil de la propaganda presente. No se trata del frente único con todos esos elementos que quedan fuera del engranaje estatista-fascista y socialista-autoritario, sino de crear una mentalidad, un espíritu, un impulso anticapitalista, libre-asociacionista, voluntarista de hombres no hambrientos de autoridad o cedidos por ella — y entonces se verá.

¿Sería demasiado largo este camino? No lo sé, pero no veo un camino más corto. Si queremos verdaderamente la anarquía, es preciso obrar de una manera más o menos parecida. Si queremos simplemente un socialismo cualquiera, autoritario hasta la médula, que nos rechazara después de haberse servido de nosotros, y que sería detestado a la larga, o poco menos, que no se mantendría más que por el temor a las venganzas que desencadenaría su caída, — entonces no hagamos nada, dejemos la iniciativa a los demás, a los autoritarios, y haremos repetirse los acontecimientos de los últimos años. La cosa es diferente, como he repetido ya otra vez, en un país como la Argentina donde la corriente libertaria prevalece en el movimiento obrero general; allí no hay más que mantener esa primacía, reforzarla y obrar cuando venga el momento. Pero en Europa el anarquismo se encuentra de tal modo en la retaguardia después de estos años de autoridad militarista, estatista, comunista, sin la embriaguez de sus éxitos generales y soportada por la imbecilidad general, que no debe despreciar ningún medio para restablecerse. La libertad está agonizante en Europa — ¿cómo habría de prosperar el anarquismo? No lo disminuye el que se reconozca pequeño y vuelva a comenzar sobre una base más sólida, más vasta. Sería menos abstracto, se aproximaría más a la vida práctica, no desaharía el ejercicio de su cerebro y de sus músculos en algún problema apremiante de nuestros días — y esto no podría perjudicarle.

El ritmo del progreso de las evoluciones históricas, de la mentalidad de las masas, de las disposiciones de los partidos avanzados y de la elaboración de las ideas que inspiran los espíritus más energéticos de vanguardia, — ese ritmo es diferente, y lo mismo los diferentes factores mencionados que marchan más rápida o más lentamente, tan pronto unos como otros. En los casos muy raros en que esos factores de ritmos tan diversos se aproximan, entonces algún impulso anímico basta para echar un puente sobre los últimos obstáculos, y se realiza una revolución fértil, verdaderamente progresiva, se da un gran paso hacia ade-

lante. Pero es muy raro. Si el mundo no progresara más que por esos saltos revolucionarios, estaría aún mucho más atrasado de lo que está; felizmente progresamos también por el trabajo tranquilo de cada día que crea mentalidades, disposiciones, energías. Sería el último que despreciara las revoluciones, pero al conocer la profundidad de la enfermedad de las partes sufrientes de la Europa presente, — esas partes en que las revoluciones parecían probables en un porvenir no lejano — (en las demás dominan fascismo, nacionalismo o socialismo) político —, diré que esas revoluciones, productos de la miseria y penetradas de autoritarismo, estarían tan lejos de nuestra idea de una revolución como todo lo que sucedió en estos últimos años, y durante y después de ellas estaríamos frente al mismo problema que hasta aquí: absorberían aún una parte de nuestras fuerzas, nos rechazarían luego y la corriente libertaria sería más débil todavía. No ganaríamos nada y en cambio habríamos experimentado nuevas pérdidas.

No hubiera creído nunca, antes de la experiencia de estos últimos años, que encargaría con esta falta de simpatía el advenimiento de lo que se llamaría una revolución alemana, y las peripecias de la revolución rusa, revolución muy profunda, pero que se ha dejado encadenar por un partido usurpador que me fascina tan poco como me fascinaría la historia de Napoleón I al estudiar la revolución francesa; estos acontecimientos, el bolchevismo y Napoleón I, tienen su interés propio como obras maestras de la autoridad sin mitigación, originarias de revoluciones que no han sabido respetar la libertad y han perecido por eso, pero el bolchevismo no es la revolución rusa ni Napoleón I es la revolución francesa. No soy bonapartista por lo mismo que no soy bolchevista y que no seré comunista, si prevaleciera por algún tiempo este partido en Alemania. Entonces verdaderamente, estas revoluciones autoritarias no me interesan: serían repeticiones crueles del ejemplo ruso, que fué además hecho, lo admito de buena gana. — si juzgo bien — con una cierta ingenuidad y con verdadero riesgo, porque los bolchevistas, como Bonaparte el 18 Brumario, no podían prever que llegarían a ser en tal grado los amos de grandes países, que es lo que fueron poco después. Pero dar el mismo golpe una segunda vez, es tan poco interesante como, por ejemplo, el advenimiento de Luis Bonaparte, el futuro Napoleón III, que después de Strasburg y de Boulogne triunfó en fin en diciembre de 1851. Es infinitamente triste que el pueblo alemán, después de todo lo que ha experimentado desde 1914-18 y después de todos estos días de angustia y de sufrimiento indescriptibles, no sepa hacer absolutamente nada que valga en el sentido de la revolución y continúe siendo juguete de los autoritarios más despreciables de todos los colores y procedencias. En tales situaciones, se impone para él el aprendizaje más elemental de la libertad, y correspondería a los anarquistas unir todos los esfuerzos, aunque sean poco libertarios, para crear la corriente de donde surgirá un día una iniciativa libertaria. — Y lo mismo pasaría en todas partes de Europa, *mutatis mutandis*, para hacer frente y prevalecer contra la iniciativa autoritaria que es todavía omnipotente y que no ha triunfado más que para sembrar los gérmenes del fascismo, ahogando la libertad.

Es el espíritu libertario el que reanimará y volverá a crear el socialismo: — sin eso el socialismo estaría perdido para largo tiempo, cubierto por la capa del fascismo y las capas reaccionarias en su cortejo.

En fin, si contemplamos estos acontecimientos desde un punto de vista de observación más elevado, que nos falta hoy, si pudiéramos tener una visión de conjunto de veinte siglos como la tenemos de los siglos pasados, veríamos quizás que la revolución social desencadenada al fin por la guerra monstruosa que ha destruido el equilibrio y la estabilidad del capitalismo que, a despecho de los aprovechadores de la hora y de algunos países ricos, no consigue poner orden en sus negocios, — que esa evolución social debía purificarse primero por las enfermedades de la infancia, la escalatina de la autoridad, la pequeña viruela de la

dictadura, el sarampión de la política socialdemócrata, para llegar a la edad de la juventud y de la virilidad en que, vivificada por la savia poderosa de la libertad, se realice al fin en formas que no podemos adivinar, pero que serán lo que pueda producir la libertad, en la medida de las fuerzas que tenga entonces.

Estas fuerzas no existen solas en las circunstancias, en las ocasiones, deben residir en los hombres igualmente o el resultado será misero. Abrid la jaula de un pájaro nacido en ella y no saldrá, y si sale no sabrá que hacer y perecerá antes de adaptarse a una libertad desconocida. Los hombres, quebrantados espiritualmente por una autoridad secular, no pueden adaptarse de inmediato a la libertad, lo mismo que el pobre pájaro nacido en prisión: seguirán al principio al primero que les silbe un aire autoritario. Hay que cambiar ante todo su mentalidad, darles confianza en la libertad, inspirarles de nuevo el gusto, el deseo de

la libertad que existen en casi todos, pero en un estado latente, casi agotados. Sin esto no harían más que caer de un sistema autoritario en otro y asistiríamos, más y más débiles, a ese espectáculo que sería también la ruina de nuestras esperanzas.

Tal me parece ser la situación en estas partes de Europa en que las condiciones generales crean situaciones que no pueden durar y que hallarán un desenlace trágico, — trágico en todo caso, porque tampoco una revolución, por su carácter inevitablemente autoritario, aportaría ningún cambio dichoso. Una iniciativa libertaria mundial es lo único que podría poner un dique a la progresión de la autoridad en todas sus líneas de avance, comunista, fascista, militarista, capitalista y clerical.

Max Nettlau

La noche de Pascua

Es víspera de Pascua. Sobre la tierra silenciosa ha descendido ya la noche. La pequeña ciudad se ha dormido en el silencio esperando que la despierte el alegre repiqueteo de las campanas. Las calles están desiertas. Toda la vida se ha recogido al interior de las casas, de las cuales parece salir como un estremecimiento. En la ciudad, en el mundo entero, pasa el hábito precursor de la Resurrección.

En lo alto del monte, que proyecta su sombra en la ciudad, se destaca en el cielo claro la masa sombría de un gran edificio, con cuatro torrecillas agudas que parecen penetrar en las nubes.

El primer toque cae del campanario de la catedral y se pierde en el cielo nocturno... luego el segundo... luego el tercero... Y entonces, de improviso, todos los campanarios de la ciudad y de la comarca desgranran sus tañidos. Las mil voces de las campanas se confunden en una armonía única, en un canto poderoso y solemne.

Pero deja caer una nota sorda, tan doliente, tan trémula, tan débil... una nota que en vano trata de subir como las otras en los espacios del cielo, y cantar como ellas la redención.

Se desliza dulcemente por la pendiente del monte y no tarda en expirar en el aire.

Cesa la música de las campanas. Los últimos tañidos se prolongan en un eco postrero; y después, todo es otra vez silencio.

Las pesadas puertas del edificio viejo, allá arriba, en lo alto del monte, chirrían en sus goznes. Con un estúpido de armas, avanza un pelotón de soldados y, una vez pasado el umbral, se detiene automáticamente. Un hombre se adelanta del pelotón, habla con el centinela y éste se dirige a ocupar su lugar en el grupo.

El pelotón reanuda la marcha junto a los altos muros y se detiene en cada puerta de la cárcel.

Al pie del paredón occidental, un joven conscripto sale a su vez de las filas. Tiene el aspecto de un campesino; se le lee en los ojos el temor de un principiante que por primera vez va a ocupar un puesto de confianza. Se detiene delante del centinela y recibe la consigna: "Vigilar las puertas; que nadie salga ni entre sin dar el santo y seña. No dormir". El conscripto escucha con profunda atención.

— ¿Comprendido? — dice el cabo. — Ya lo sabes; ¡atención! Luego agrega con acento bonachón:

— Dime, conscripto, ¿no tienes miedo de los fantasmas?

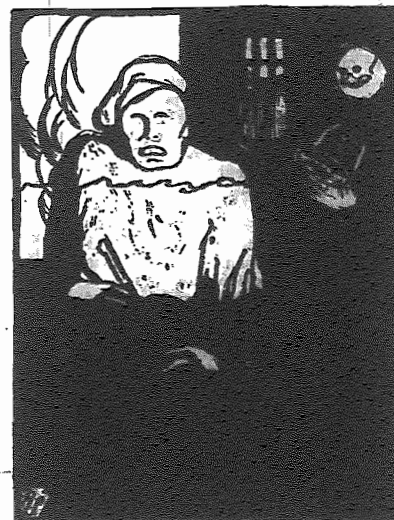
— No, cabo; pero esta noche tengo, como se comprende, un poco de turbación...

En el grupo de soldados estallan risas. El cabo se encoge de hombros y sonríe; luego, con voz imperiosa:

— ¡Avancen! ¡March!

El pelotón desaparece en la esquina del paredón y pronto se extingue el cadencioso rumor de los pasos. El conscripto se lleva el fusil al hombro y comienza lentamente su ronda.

Al acabar de resonar el último tañido de la campana, la prisión despierta de pronto en una vida inusitada. Como si con aquel repicar de campanas la libertad hubiese realmente bajado a la tierra, las puertas de las celdas se abren. En sus largas casacas grises salen los detenidos y se ordenan en dos filas en el corredor, para dirigirse a la capilla, cuyos vitrales, allá en el fondo del patio, brillan en la obscuridad. Los presos vienen de derecha a izquierda, bajan en largas filas de los pisos superiores. Al mover los pies hacen resonar sus cadenas con ritmo regular. Una vez en la capilla, ocupan sus sitios en los bancos y el



silencio vuelve a reinar. Cada banco está rodeado por un barrote de hierro.

Ahora la prisión está desierta. Sólo en las celdas aisladas de las torrecillas de los ángulos han quedado encerrados algunos presos. Cada uno de ellos, apoyado la oreja en la gruesa puerta de roble, trata de percibir alguna nota del canto lejano que resuena en la iglesia.

En una de las celdas, tendido en la tarima de madera que sirve de lecho, yace un enfermo. Un momento antes, un brigadier, que pasaba conduciendo los presos a la iglesia, informado de la enfermedad, se ha acercado a examinarlo. Los ojos del enfermo brillaban de fiebre; murmuraba palabras incoherentes.

— ¡Avanz! ¡eh! ¡Avanz! — gritaba el brigadier. El enfermo no se movió.

—Mañana al hospital, — sentenció el brigadier, y se retiró, dejando un guardián delante de la puerta.

Este permaneció un rato en su puesto, observando al enfermo, que, al parecer, había perdido el conocimiento.

—¡Ah, vagabundo!: esta vez has terminado la carrera — murmuró el guardián. — Luego, persuadido de que el preso no podía moverse, se acercó a la capilla, con objeto de oír, a través de la puerta cerrada, alguna palabra del sermón. De vez en cuando se arrodillaba y besaba el suelo.

En su celda, el preso delira. Es un hombre todavía joven y robusto. En su rostro se refleja el dolor del recuerdo. ¡Oh, Dios, cuánto ha sufrido! Durante días y noches ha recorrido centenares y centenares de veredas de camino; ha subido escarpadas montañas, ha sufrido de hambre y de sed, alentado sólo por el deseo de volver a ver la aldea natal, sostenido sólo por la esperanza de poder pasar un mes, una semana, una hora al menos, con los suyos, en su casa, aún con la certidumbre de que tendrá que volver a recorrer el mismo camino en dirección inversa y volver a las minas de Siberia... Y casi al final de la jornada, cuando sólo pocas horas de camino lo separaban de los suyos, después de tantos esfuerzos, de tantos sufrimientos, había sido arrestado bruscamente y arrojado a la cárcel.

Pero he aquí que el rostro del enfermo se ilumina. Los ojos se le dilatan, el pecho respira más fácilmente.... Imágenes de contento pasan delante de sus ojos... El bosque ondea... Le parece oír el murmullo del bosque, un murmullo compuesto por mil voces, cada una conocida por él, pues él sabe el lenguaje de los árboles... En la espesura de la fronda los pájaros cantan... Un arroyuelo salta de piedra en piedra... Flota en el aire un perfume primaveral...

El preso se incorpora en el lecho y respira profundamente. Vuelve la mirada a su alrededor y, de improviso, sus ojos se iluminan de alegría; pero pronto sonríe incrédulo... ¿Es posible? ¿Es posible que él, condenado a perpetuidad, condenado evadido, vea delante de sí esta cosa inverosímil: una puerta abierta?

El poderoso instinto de la libertad, lo sacude de pies a cabeza. Está solo, completamente solo y delante de él hay una puerta abierta. Se pone de pie. La fiebre, que agitaba su cerebro, parece haberse refugiado ahora en sus ojos, que brillan con luz extraña.

En ese momento alguien sale de la capilla. Algunas notas de un cántico lejano llegan hasta los oídos del presidiario. Sus ojos se llenan de lágrimas. Le aparece una imagen que ha evocado a menudo: en la noche silenciosa, bajo la claridad de las estrellas, la antigua iglesia de su aldea, medio oculta bajo los pinos, la antigua iglesia a donde la gente acude en grupos alegres, la noche de Pascua, para oír el mismo cántico de redención...

Y pensando que tal vez eso puede convertirse en realidad, se desliza rápido y quedo fuera de la celda.

Arrodillado en el umbral de la capilla, el guardián murmura piadosamente sus plegarias.

Con el fusil al hombro, el conscripto monta la guardia.

Delante de él se extiende la llanura desierta. Las altas hierbas secas ondean al viento leve y prolongan con un gemido de tristeza infinita. El joven soldado sueña, con el corazón oprimido. Se detiene delante del alto paredón, apoya el arma en el suelo y empuñándola por el caño, se entrega a la onda de sus pensamientos. No logra comprender por qué se halla en ese puesto, en esa noche santa, con un fusil en la mano, delante de la estepa desierta. Es siempre un campesino, aún bajo el uniforme militar, y no sabe explicarse muchas cosas que un soldado debería saber. Todas las incógnitas lo llenan de una especie de espanto que no consiga ahuyentar. Y para adormecer su temor se refugia en el recuerdo de su país natal. También él evoca su aldea, su iglesia iluminada. Y lo atormenta un pensamiento invencible. "¿Por qué estoy yo aquí? ¿Por qué me han hecho dejar los campos donde vivía libremente? ¿Por qué esta cárcel? ¿Por qué esta arma en mis manos?" Pero la realidad se desvanece pronto, y él vuelve dulcemente al

país de ensueño, y se adormece, apoyado en el fusil.

No lejos del lugar donde monta la guardia, aparece un punto negro en lo alto del paredón. Es el vagabundo: contempla la estepa donde, en el horizonte, se dibuja la línea oscura del bosque; su pecho se dilata y respira a plenos pulmones el aire fresco de la noche. Empieza a descender agarrándose al paredón escarpado...

Alegres repiques rompen el silencio de la noche. La puerta de la capilla se ha abierto y en el patio comienza a desfilar la procesión, precedida por cruces, estandartes e imágenes sagradas. Ondas de cánticos salen de la iglesia.

El soldado se estremece, se quita la gorra y se santigua. Pero, de pronto ¿qué es lo que ve? El vagabundo se ha dejado caer y huye corriendo, tratando de llegar hasta las malezas de la estepa.

—¡Detente! ¡Detente! — grita el soldado con voz casi suplicante.

Lo que más temía era eso: ver delante de sí a un infeliz fugitivo. Como lampos le cruzan por el espíritu algunas palabras: "el deber"... "la responsabilidad"... Apunta con el fusil, apoya el dedo trémulo en el gatillo y oprime... Pero antes de oprimir, con un movimiento improvisado de voluntad, casi instintivo, alza el caño del arma. Suena el tiro; por un instante sucede un gran silencio; después el eco repercute la detonación, que se pierde allá lejos, en la estepa... Y el fugitivo también, como un punto negro se pierde en la estepa, en la noche.

En ese mismo momento, las campanas de la ciudad vuelven a sonar, y otra vez la campana de la cárcel deja oír su nota triste, mientras en la iglesia se eleva solemne el cántico de la liberación y de la resurrección.

VLADIMIR KOROLENKO

Conquistadores fuera. Esclavos dentro. El aura corta porque sus moléculas están terriblemente encadenadas.

Rafael BARRETT

RESIGNACION



El Job de la leyenda se trasmuta en la vida esclava de los proletarios resignados, que teniendo músculos de Hércules no se deciden al combate por su liberación

ANARQUIA O AN-ARQUIA — III — EL ADVENIMIENTO del DERECHO HUMANO

El individualismo filosófico conduce al individualismo moral. Es, en verdad, un pragmatismo más o menos consciente, más o menos razonado, más o menos completo, el que está en la base de la economía capitalista y de toda la organización pseudo social actual. A la anarquía de las ideas, al "cada uno para sí" del idealismo personal, agrégase la anarquía de la vida colectiva que caracteriza nuestra época: anarquía moral, anarquía económica, anarquía en todas las ramas de la actividad humana; — anarquía en el interior de las naciones, anarquía internacional.

...

El responsable de este caos es el espíritu metafísico. La metafísica domina a nuestra sociedad contemporánea. Es ella que poblando el mundo de entidades abstractas, absolutas, substituye a las realidades concretas, a las realidades vivientes, falsea la conciencia colectiva y mantiene en la vida social las últimas formas del absolutismo: derecho regal del propietario y del detentador del capital, derecho regal del Estado. Es ella la que, haciendo del individuo un absoluto, una unidad ontológica dotada de libre arbitrio y bastándose a sí misma, aislándola de sus colaboradores, de sus asociados naturales, oponiéndola así a sus semejantes en la lucha por la existencia, hace finalmente del hombre un competidor, un enemigo y — *homo hominis lupus* — una bestia feroz para el hombre. Es ella la que, substituyendo a la sociedad real, a la sociedad en carne y hueso, esa entidad investida de poderes soberanos: el Estado, funda el derecho sobre lo arbitrario y la justicia sobre la ley del más fuerte: imperium del número o dictadura de una minoría.

...

Guerra civil permanente, guerra civil astuta y violenta, en el interior; guerras

intermitentes, guerras periódicas en el exterior; tal es la imagen que nos ofrece el pandemionum, decorado con el nombre de sociedad, en el cual vivimos.

Pero la ilusión absolutista, la ilusión autoritaria, punto de partida de ese desorden organizado, se muere. La razón se emancipa. Un nuevo derecho se abre a la luz. Al derecho superficial, al derecho metafísico, al derecho romano que nos rige, sucede el derecho natural, el derecho viviente, el derecho social y humano. Un nuevo orden de cosas se anuncia en el cual todo vestigio del autoritarismo y de la barbarie habrá desaparecido.

Esa será la anarquía. Pero esa anarquía racional es la antítesis de la anarquía individualista en cuyo seno vivimos. De una a la otra hay antinomia hay contraste y oposición de principios. Aquí, el absolutismo, el egoísmo individual y colectivo, es hipócrita o brutal, la violencia autoritaria bajo todas sus formas; allá, la razón, la razón impersonal universal, y el derecho, el derecho humano: la libertad en la justicia. Y es debido a una sofisticación sacrilega, a un sofisma verbal y a un *calendouir* que no debemos cansarnos de denunciar, que se nos presentan a menudo como actos re-novadores, como actos ejemplares, como actos "revolucionarios" gestos de una violencia impulsiva y ciega, actos de autoritarismo brutal, que no salen de la norma actual de la vida. Existe, quírase que no, una lógica de las cosas. Y el gesto anunciador de la vida nueva, el gesto libertador de donde surgirá el porvenir, no podrá ser un gesto de agresión, un gesto autoritario.

Para tal fin, tal método. Si se quiere trabajar efectivamente, eficazmente, para el triunfo del derecho humano y de la dignidad humana, la primera condición a llenar es la de no contradecirse obrando, volviendo la espalda a la finalidad, a no caer, por su mismo gesto, en ese

autoritarismo que se trata de abolir en favor del derecho.

¿Absolutismo o derecho humano? — tal es, en definitiva, el grande, el formidable problema que se levanta ante nuestra época, problema que se ha llamado con ese nombre inquietante, banal a fuerza de uso irreflexivo: la cuestión social. Y es en vano que "bárbaros instruidos" reediten y desarrollen el sofisma de Calicles, que ensayen suprimir la alternativa y negar el problema negando, a favor de la fuerza, es decir, del absolutismo, la realidad propia del derecho. No es verdad que, como lo afirma Schopenhauer, "el derecho no es sino la medida del poder de cada uno". No es verdad que, como lo pretende Ihering, "la noción del derecho no es una concepción lógica, sino una concepción pura de la fuerza". No es verdad que la fuerza crea el derecho.

El derecho, al contrario, es esencialmente de orden lógico. Depende, no de la autoridad de la fuerza, sino de la razón, de la razón impersonal. Estar en su derecho, es tener razón: es pensar, decir, querer, o hacer una cosa justa y racional.

No se trata aquí, bien entendido, de la razón absoluta y en todas partes presente, imaginada por el racionalismo hegeliano. Se trata de la razón humana de modestos orígenes, pero cada día más experimentada, cada vez más y más iluminada y consciente, de la cual la abstracción es la base y el elemento primordial, y cuyo órgano esencial es el verbo, en el sentido gramatical de la palabra, el verbo que permite al hombre elevarse por encima de las abstracciones de los sentidos y llegar, por él, a las abstracciones superiores de la ciencia y del derecho.

Porque es esto, repetámoslo, lo que hace a la humanidad. Es esta "idología", es este culto de las ideas, de las ideas universales, de las ideas impersonales, es esta aptitud para un idealismo racional y científico, que distingue al hombre, al hombre verdadero, del antropomorfismo, del individualista, autoritario y astuto.

Es esta voz, largo tiempo ahogada, largo tiempo falseada, de la razón, la que ahora estamos escuchando.

Lo que ella proclama es la caída del absolutismo: es el derecho innato de todo hombre al desarrollo integral, al desarrollo normal de su naturaleza completa. Ese derecho tiene por base, como primera condición, el acceso a la riqueza, producto del trabajo colectivo o don de la naturaleza. Tiene por corolario el derecho imprescriptible de rebelión frente a los acaparadores, violadores del derecho. Pero comporta también — ese derecho humano, ese derecho común a todos — comporta también, omiso el caso de legítima defensa, el más amplio, el más escrupuloso respeto hacia la persona de otro. A la anarquía actual, régimen autoritario, régimen de desorden, opone la anarquía, régimen de respeto mutuo, la anarquía racional, "porvenir de la Humanidad".

Pablo GILLE.

Editorial y librería LA PROCECA

SECCION DE LITERATURA ANARQUISTA EN IDIOMA RUSO. — Por acuerdo especial celebrado con los camaradas de la Editorial anarquista "Golos Truda" de Moscú-Petrogrado, podemos ofrecer a los compañeros rusos la mejor colección de nuestra literatura en este idioma. Los libros de Kropotkin, de Bakunin, de Guillaume, Goldman, Tcherkessoff, Reclus, etc., constituyen la más sólida garantía de la vasta labor de nuestros camaradas de "Golos Truda". — Los títulos y precios de estos libros pueden verse en los anuncios que periódicamente se publicarán en LA PROTESTA. —

Iniciadores del movimiento anarquista en Alemania

"La situación económica y la proximidad de una crisis revolucionaria son mucho más importantes que una pura agitación política, a la que se dirigen casi exclusivamente nuestras miradas. Mañana tal vez seamos arrastrados por la corriente. ¿Hemos pensado ya en los principios que deben servir como base para la organización de la nueva sociedad? Por lo que a nosotros se refiere creemos que en este concepto todavía queda algo que hacer. Queremos, por consiguiente, que este periódico sea, especialmente, un periódico de principios. Por lo demás, se nos verá en la labor y se nos juzgará según nuestras obras".

El Arbeiter-Zeitung de Berna apareció justamente en un tiempo en que el movimiento anarquista internacional había entrado en una nueva fase de su evolución teórica. En el congreso de Florencia de la Federación Italiana (1876), defendieron Caffero y Malatesta la comunidad del producto del trabajo junto a la posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción. Vefan en este complemento del programa colectivista la base social necesaria que corresponde del mejor modo a los principios de la solidaridad y de la convivencia social, y el congreso se manifestó con ellos. Así fué substituida la divisa colectivista: "A cada uno el producto íntegro de su trabajo", por la solución comunista: "De cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades". De esta manera fué encaminado el movimiento desde el anarquismo colectivista al comunista, que pronto debía hallar un poderoso representante en Pedro Kropotkin; y esta evolución se introdujo en el curso de los próximos años más y más en todos los países, con excepción de España, donde el proceso fué algo más largo, para encontrar finalmente también allí su coronamiento en la conformación anarquista comunista del movimiento.

El Arbeiter-Zeitung de Berna informó por primera vez sobre esas nuevas concepciones de los camaradas italianos en su número del 26 de octubre de 1876, y sus editores experimentaron por decirlo así personalmente todo el cambio fecundo de opinión que debía desarrollarse en lo sucesivo en las filas de la Federación del Jura sobre la base de la interpretación de los camaradas italianos. Pero las nuevas ideas tan sólo recibieron una forma determinada y precisa cuando Kropotkin se dedicó un par de años más tarde a formularlas y elaborarlas teóricamente.

Pero de Italia recibió aún el movimiento anarquista todavía otro elemento que influenció su táctica fuertemente durante largos años, a lo que contribuyó no poco la conducta ruda de la reacción en aquella fase de la historia europea. Nos referimos aquí a la llamada "propaganda por el hecho", que indudablemente no había sido imaginada por los camaradas italianos en la forma de atentados individuales, sino en la de pequeñas sublevaciones con intentos insurreccionales. Las brutales persecuciones del gobierno, que obliga a la Internacional a recurrir a la organización secreta, los llamados motines del pan de la población hambrienta en 1874, las insurrecciones campesinas ocasionales en el sur del país y no en último término la firme e inquebrantable fe en el pronto advenimiento de una revolución habían llevado a los revolucionarios italianos a la convicción de que debían entrar ellos mismos en el camino de los acontecimientos mediante hechos decididos, apresurar el estallido de la revolución e imprimirle el sello de sus ideas. Estas ideas eran las que motivaron la siguiente declaración de los delegados italianos Caffero y Malatesta en nombre de su organización al octavo congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores (octubre de 1876):

"La Federación Italiana es de opinión que el hecho insurreccional es el más eficaz medio de propaganda para fortalecer con actos el socialismo, el único medio que, sin engañar ni desmoralizar a las

masas, penetra hasta las más hondas capas sociales y atrae las fuerzas vivientes de la humanidad hacia la lucha que lleva la Internacional".

Este problema fué luego muy discutido en las secciones de la Federación del Jura. Fué especialmente Paul Brousse el que se declaró vivamente por la manera de proceder de los italianos y el que habló de la propaganda por el hecho. Indudablemente en él sólo quedó la cosa en palabras, mientras que Caffero y Malatesta substituyeron pronto la palabra por la acción en la insurrección de Benevento. También el Arbeiter-Zeitung de Berna se declaró de acuerdo con esa nueva forma de propaganda y escribió en su número del 16 de diciembre de 1876:

"Somos principalmente partidarios de la propaganda por el hecho, de la propaganda por la acción cuando, claro está, aquél hecho y aquella acción no son un juego de niños, sino una cosa realmente importante".

Los editores del Arbeiter-Zeitung consideraron como su misión más conveniente la de socavar la fe milagrosa en la necesidad del Estado, que había echado tan firmes raíces precisamente en el proletariado socialista de Alemania. Se sabe qué idólatra veneración ofrecían Lassalle y sus adeptos al Estado; pero también los socialistas surgidos de la llamada tendencia de Eisenach o partidarios de ella, abrigaban un culto formal hacia el "Estado popular libre", que era para ellos el ideal del futuro. Es característico que estos supuestos "marxistas" no han comprendido en general las opiniones del maestro sobre el Estado o en apariencia ni las conocieron siquiera, pues esas opiniones eran antistatales, bien que Marx no creía poder pasarse sin el Estado durante el llamado "período de transición", para realizar la "expropiación de los expropiadores". Pero, ese debía ser al mismo tiempo su último acto como Estado.

En Suiza era Herman Greulich especialmente el que, no obstante su "marxismo", defendía con toda resolución el Estado como forma política de una sociedad socialista contra las aspiraciones antistatales de los anarquistas, en lo cual no dejó nunca de desfigurar las concepciones de sus adversarios de la Federación del Jura de la manera más grosera y odiosa, de modo que los lectores de la Tagwacht no podían formarse en general un juicio claro e independiente de las ideas y tendencias propias de los jurasianos. Tan sólo por la aparición del Arbeiter-Zeitung fué ofrecida a éstos por primera vez la ocasión de poder difundir sus propios fines y concepciones a los trabajadores alemanes en su propio idioma.

En el número del 5 de mayo de 1877 fué August Reinsdorf a las entrañas de la idea del Estado popular del siguiente modo:

"Es claro que la idea de un Estado popular, donde la voluntad de la mayoría será ley soberana y donde consecuentemente deberá ser ajustada la minoría que se resista a esa voluntad por un ejérci-

to de empleados y de policías, llevará a circunstancias por completo anormales. ¿Cómo se puede hablar bajo tales circunstancias de un Estado popular "libre", y dónde está la igualdad si existe una minoría oprimida? — En todos los tiempos ha sido el lema de la reacción, deshonroso para los hombres, el declarar a éstos como menores de edad. Pero un partido socialista que reconoce ese lema, que confiesa que la humanidad no puede existir sin un "orden" y un "gobierno" estatistas, se declara al mismo incapaz para la realización de sus principios. O bien la humanidad será organizada artificialmente de arriba abajo — lo que es innatural — y entonces necesita un gobierno autoritario y no es libre, o bien se organizará libremente de abajo arriba, según sus necesidades, y entonces todo gobierno es superfluo, hasta superficial. — "Pero entonces los hombres se rebajarán en la anarquía al punto de vista de los negros papús". — dijo un sabio escriba periodístico alemán en Suiza. Conio si la humanidad europea tuviese que agradecer su cultura, no a sí misma, sino a sus gobiernos. Puede bien ser perturbada, tendida por sus preceptores, pero nunca aprender de ellos algo que hubiese sido conveniente a la cultura. El pupilo se abandona a su tutela, el súbdito a su gobierno, sólo el hombre libre es capaz, como hombre íntegro, de llenar su puesto. — La doctrina de toda autoridad es tan ridícula como la doctrina de dios. Así como los infinitos cuerpos del universo han encontrado todos su vía, sin necesitar la mano ordenadora de un dios celeste, del mismo modo tampoco necesita la humanidad libre las prescripciones de un dios terrestre — aunque sea socialdemócrata — para encontrar aquellas vías que necesita a fin de desarrollar la cultura hasta la más alta prosperidad y la vida hasta la suprema dicha. Hasta es seguro que la lucha por la libertad no terminará antes que sean abolidas las últimas barreras que se le oponen obstaculizadoras, hasta que sea aniquilada toda autoridad. — Sólo el siervo puede obrar servilmente, pero la humanidad libre, libre de la violencia, desarrollará aquellas cualidades que hoy sólo admiramos en algunos que son bastante fuertes para salvar todavía una parte de la humanidad de la situación deprimente y antihumana actual".

Era la tarea más importante de los editores del Arbeiter-Zeitung difundir estas ideas entre los trabajadores alemanes que vivían en Suiza para suplantarlos de ese modo también a Alemania. Suiza ejerció siempre una fuerza de atracción en muchos trabajadores alemanes, que no dejaban de hacer una visita temporal a la pequeña república durante sus años de peregrinaje, para volver desde allí tras más larga o más corta permanencia al hogar. Además el pequeño país era desde la antigüedad un lugar de refugio para los prófugos políticos de toda suerte, que continuaban, bajo la protección del derecho de asilo suizo, — que en el curso del tiempo desapareció más y más — su propaganda e intentaban obrar a su manera en su patria. Así actuaron hacia 1849-50 los hombres de la "Joven Alemania" y Wilhelm Weitling y sus adeptos comunistas en Suiza, y los jornaleros alemanes eran el elemento que llevaba consigo a la patria sus ideas, aunque en medida limitada. El mismo fenómeno se repitió después del período revolucionario de 1848-49, época en que Suiza se convirtió naturalmente en el punto de reunión de muchos centenares de fugitivos políticos. También han ejercido un considerable influjo en el moderno movimiento socialista de Alemania, Rusia, Austria, Francia e Italia los fugitivos políticos de las diversas nacionalidades que habían escapado a Suiza.

Poco después de la aparición del Arbeiter-Zeitung trataron los estudiantes de andar relaciones con Alemania y de preparar allí el terreno para una propaganda sistemática de sus ideas, August Reinsdorf se dirigió a principios de 1876 a Leipzig, a Berlín y a algunas otras ciudades para trabar ciertas relaciones con trabajadores radicales socialdemócratas. Fué poco antes, en ocasión de la huelga de sastres de Lausanne, en la que desempeñó un papel muy activo, arrestado junto con su amigo Kahn y poco después expulsado del cantón de Waadt, por lo cual se trasladó a Ginebra. Después de una corta visita a Berna se dirigió repenti-



La sociedad de clases

namente con nombre falso a Alemania, de donde volvió después de algunas semanas a Suiza. Si logró o no entonces establecer firmes relaciones con socialistas alemanes, no lo sabemos. Durante su corta residencia en Berlín conoció también a Most, que en aquella época era aún convencido socialdemócrata. Most describe su primer interesante encuentro con Reinsdorf así:

"Poco después de haber abandonado en junio de 1876 la prisión de Ploetzensee, donde a causa de la defensa de la Comuna de París fui encerrado veintiseis meses, y de haberme hecho cargo de la redacción de la *Berliner Freie Presse*, vino Reinsdorf bajo el nombre de Steinberg por un tiempo a Berlín. Un compañero ruso nos hizo conocer. Hablamos vivamente, pues no me inquietaba el que Liebknecht hubiese ya dicho que se debía un cuidar de Reinsdorf, pues era confidente de policía. Hablamos sobre las condiciones del partido alemán. Reinsdorf tenía sobre ellas una opinión muy despectiva. "¿Qué séis vosotros?"—dijo.— un partido de papeletas de voto y de lectores de periódicos, nada más. Con tal material no se aparta ningún perro de la estufa. Yo no le dejé pasar sin refutación su juicio sobre la socialdemocracia alemana, sino que discutí con él y calificué de revolucionario al partido bajo sus constantes contradicciones. La conversación era finalmente tan fuerte que un policía justamente frente al palacio del emperador, donde nos habíamos detenido, — el ruso, Reinsdorf y yo, — nos amenazó con el arresto, porque, según decía, obstaculizábamos el tránsito y no obedecíamos su orden de no permanecer parados. Reinsdorf acentuó finalmente la necesidad de la propaganda por el hecho, si debía salir algo del movimiento. No estuvimos de acuerdo en este punto entonces, pero debo confesar que las palabras de Reinsdorf hicieron en mí una fuerte impresión. Convínimos también en mantener correspondencia. Reinsdorf escribió desde entonces anónimamente para la *Berliner Freie Presse*, una circunstancia que habría oprimido el corazón a Liebknecht si lo hubiese podido sospechar". (1)

Reinsdorf volvió pronto a Suiza, donde junto con sus amigos Emil Werner y Otto Rinke actuó incansable en la difusión de sus ideas. En septiembre de 1876 se celebró en Berna un comicio obrero público convocado por el comité central de la *Arbeiterbundes* de aquella ciudad, en el que Herman Greulich, el redactor del *Tagwacht* de Zurich, habló sobre el tema: "Lo que queremos". En la discusión tomó también la palabra Reinsdorf, que combatió acerbamente las aspiraciones de la *Arbeiterbundes* y especialmente la idea de una evolución pacífica de las cosas que, teniendo en cuenta los obstáculos infinitos que ponen las clases dominantes en el camino de la evolución, estaba por completo excluida. En su contestación trató Greulich de ridiculizar a Reinsdorf, llamándolo entre otras cosas "agitador apoyado por la Federación Jurasiana". Reinsdorf refutó otra vez a Greulich para poner en claro debidamente las zancadillas del mismo, pero cuando el presidente le retiró la palabra en medio de sus expresiones, se desarrolló un gran tumulto y el comicio debió ser clausurado.

En la asamblea general de la Unión obrera de Berna, que se ocupó unas semanas después de este suceso, fué atacado Reinsdorf de la manera más pífida y enlodado personalmente. No se retrocedió hasta calificarle como un agente provocador, de manera que Greulich se vio obligado después a declarar en el *Tagwacht*, que "Reinsdorf era algo belicoso, pero por lo menos era un hombre honesto al que no se puede designar como agente policial". La asamblea adoptó finalmente una resolución en que negaba a Reinsdorf las cualidades morales para aparecer en Berna como representante del socialismo. Los anarquistas Rinke y Betzien, que estaban presentes en la reunión, exigieron que se pusiera antes a discusión esa resolución para que también los amigos de Reinsdorf pudieran exponer sus apreciaciones de la cosa, pero su proposición fué rechazada por 112 votos contra 34; por tanto abandonaron la reunión en son de protesta.

Poco tiempo después de esto fué elegido Reinsdorf por la sociedad socialde-

mócrata de Berna, cuyos miembros se declararon por los principios del socialismo libertario, como delegado al octavo congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores que se celebró en octubre del mismo año allí. Reinsdorf, que participó celosamente en los trabajos de preparación del congreso, tomó parte viva en sus debates.

Más y más urgía entre los camaradas que se agrupaban en torno al *Arbeiter-Zeitung* el deseo de fundar un partido propio para distinguirse así también exteriormente del Partido obrero socialdemócrata de Alemania y oponer al mismo una organización cerrada. En abril de 1877 se intentó acercarse más prácticamente al asunto. Como resulta de una carta de Emil Werner a Kropotkin, éste había elaborado junto con Rinke, Werner y tal vez algunos otros camaradas, una especie de estatutos para el nuevo partido en fundación. También Brousse fué atraído hacia ese asunto. Kropotkin había recibido la proposición de fijar por escrito los puntos particulares que podrían ser presentados a la consideración de la asamblea fundadora. Con este objeto Werner y Rinke tuvieron con él una reunión final donde se discutieron los últimos detalles técnicos. Según parece, la proposición de Kropotkin era que el nuevo partido debía llamarse "Partido Comunista Anarquista de Alemania". Pero Werner le escribió que no consideraba conveniente ese nombre, puesto que "el partido de los cuadros de una nacionalidad lo hace aparecer cerrado", y proponía elegir mejor el nombre de partido comunista anarquista en idioma alemán. Y así quedó. Después que la asamblea fundadora hubo aceptado definitivamente los Estatutos elaborados, fueron dados a la publicidad como manifiesto especial con el nombre de "Estatutos del partido comunista anarquista de habla alemana". Los estatutos consistían en ocho artículos, de los cuales el primero tenía el siguiente texto: "Para reunir los elementos dispersos de habla alemana que se declaran por el principio anarquista comunista, fué fundado un partido comunista anarquista de idioma alemán, adherido a la Asociación Internacional de los Trabajadores". — Una comisión de correspondencia de tres miembros, renovada cada año, debía facilitar las relaciones recíprocas entre los compañeros (2).

Cuando en mayo de 1877 tuvo lugar en Gotha el congreso anual del partido socialdemócrata de Alemania, consideraron

los camaradas de la Federación del Jura por conveniente que concurriera un delegado del nuevo partido anarquista como huésped, para exponer por primera vez ante los trabajadores alemanes los principios del socialismo libertario. Paul Brousse, como escribió a Kropotkin, había puesto la vista para esa misión en August Reinsdorf, que había abandonado a Suiza otra vez poco antes y se había dirigido a Alemania. Pero Reinsdorf, que era prófugo militar, se presentó allí con falso nombre y por consiguiente no pudo cumplir el pedido de sus amigos.

El nuevo partido no debía estar llamado a un gran futuro, pues enseguida se produjeron acontecimientos que despararon hacia los cuatro puntos cardinales a los iniciadores más capacitados de la organización. El 18 de marzo de 1877 se celebró en Berna la famosa demostración de las banderas rojas, que llevó a un violento choque con la policía. Bajo el influjo de la ola reaccionaria que se extendió en aquel tiempo por toda Europa y que había alcanzado también a Suiza, el gobierno suizo había prohibido la ostentación de banderas rojas por las calles. Esa prohibición produjo gran indignación en los círculos del proletariado revolucionario y los miembros de la Federación del Jura resolvieron, a pesar de la prohibición, que, entre paréntesis, era anticonstitucional, llevar el 18 de marzo la bandera roja por las calles. Kropotkin, que había participado personalmente en esa demostración, describe el curso de la misma muy intuitivamente: (3)

"En el aniversario de la Comuna de París nos dirigimos todos juntos a Berna a pasear la bandera roja por las calles no obstante la prohibición. Naturalmente, se produjo un choque con la policía, en el que dos camaradas recibieron heridas de sable y dos policías lesiones bastante graves. Pero llevamos felizmente la bandera roja al local obrero, donde tuvo lugar un comicio extremadamente agitado. Apenas necesito decir que los llamados jefes no quedaron en la retaguardia y que lucharon lo mismo que los demás. En el sumario estaban implicados casi treinta ciudadanos suizos, que habían exigido ellos mismos ser incluidos en la acusación; también se presentaron voluntariamente los dos que hirieron a los policías. En el curso del proceso ganó nuestra causa muchas simpatías; se reconoció que todas las libertades, si no debían perderse, era preciso que fueran defendidas. Las condenas fueron por consi-

guiente muy leves y no pasaron de tres meses de prisión".

En este asunto habían estado también presentes Otto Rinke y Emil Werner, y para ellos naturalmente como extranjeros debían ser más graves las condenas que para los demás, que eran ciudadanos suizos. Rinke fué sentenciado a cuarenta y Werner a treinta días de prisión y ambos fueron expulsados por tres años del cantón de Berna.

Es de notar que mientras Herman Greulich rechazaba públicamente en el *Tagwacht* de Zurich toda solidaridad con los elementos del proceso de la bandera roja y los trataba directamente como enemigos, el *Wortwart* de Leipzig, órgano central del Partido socialdemócrata de Alemania escribió sobre los acontecimientos de Berna del siguiente modo: "En ocasión de la fiesta del 18 de marzo se llegó recientemente en Berna por parte de la policía y del vulgo del orden a ignominiosos procedimientos. Nos hemos abstenido de escribir hasta ahora porque las noticias eran contradictorias. Pero ahora puede decirse que nuestros camaradas de la tendencia bakunista han estado completamente en su derecho y que no puede aplicárseles el más lejano reproche. Declaramos esto expresamente porque si hizo el intento de parte enemiga de separar de nuestra causa la causa de los socialistas que han sido víctimas de un atentado villano".

Bajo estas circunstancias indudablemente no era ya posible mantener el *Arbeiter-Zeitung* de Berna, pues las mejores fuerzas que estaban a disposición del periódico se vieron obligadas a abandonar el campo de su actividad. Apareció, pues, el último número del periódico el 13 de agosto de 1877. En su artículo de despedida declaraban los editores que el periódico había llenado su objeto, pues había hecho accesible la ideología del socialismo anarquista que había arraigado en Francia, en España, en Italia, en Rusia y en otros países desde hacía mucho tiempo, a los trabajadores alemanes de Suiza y en cierto grado a los de Alemania misma. Como conclusión se ponía en perspectiva una próxima compensación para la hoja desaparecida, y justamente el nuevo periódico debía representar los mismos principios, pero tener más en consideración los intereses locales. Si los editores contaban realmente poder publicar en breve una nueva hoja a pesar de la falta de fuerzas apropiadas y si sólo querían poner una sordina al fácil triunfo del *Tagwacht*, es cosa que no se puede fijar hoy con facilidad.

En abril de 1877 se presentó Reinsdorf con falso nombre en Leipzig, donde había hallado trabajo como tipógrafo y trabajó allí para su causa. Concurría frecuentemente a las reuniones socialdemócratas como orador de discusión, y aunque fué atacado fuertemente en la mayoría logró, sin embargo, poco a poco, reunir a su alrededor un pequeño círculo de socialistas radicales, de los cuales discutió sus ideas. Trabajó también relaciones con camaradas en Hannover, Berlin, Breslau, Colonia, Dresde, Altemburg, Munich, Augsburg, Düsseldorf, etc., que familiarizó con sus ideas y trató de ganar para el movimiento anarquista. Cuando en agosto de 1877 se celebró en Saint Imier el congreso de la Federación Jurasiana, envió Reinsdorf desde Berlin, en nombre de un comicio socialista un telegrama de simpatía. El congreso respondió a ese comicio con una carta especial que tenía el siguiente texto:

"A los anarquistas de Berlin. Compañeros. El congreso de la Federación del Jura, reunido en Saint Imier el 5 y el 6 de agosto, os agradece cordialmente vuestro telegrama de saludo. Constatamos con alegría que también en Alemania son comprendidos los esfuerzos tendientes a la federación libre de los grupos y a la abolición del Estado entre las masas que despiertan. Camaradas, combatid también esas viejas tradiciones jacobinas, que son desde ahora inútiles y pronto se desmoronarán también en Alemania un partido anarquista revolucionario con el que se debe contar."

Firmado: Montels, Kachelhofer, Costa.

En el mismo Leipzig la situación entre Reinsdorf y los jefes socialdemócratas locales fué más y más tirante, especialmente cuando éstos supieron quién se ocultaba propiamente bajo el nombre de



El equilibrio de la paz

Steinberg, con el cual residía Reinsdorf en Alemania. Se llegó hasta el punto de prohibirle directamente que concurriera a las reuniones socialdemócratas. Después del atentado de Hoedel contra Guillermo I. debió Reinsdorf abandonar su puesto de trabajo en Leipzig, a consecuencia de la terrible persecución que se había iniciado entonces contra los socialistas y se dirigió después de algunos viajes para desplazarse a Bohemia, Austria y Hungría otra vez a Suiza, donde encontró por último ocupación en Freiburg. Fue también allí donde se encontró por segunda vez con Most, cuando éste viajó en 1880 por Suiza. Justamente la época en que llegaba a la expresión más violenta la lucha entre Most y los jefes socialdemócratas en la *Freiheit*, que había fundado diez y seis meses antes, Reinsdorf reconoció enseguida que Most no podía quedar a medio camino, sino que debía evolucionar más y más hacia la izquierda, y empleó desde entonces toda su influencia en ganarlo para la causa. Ambos quedaron también desde entonces en constante correspondencia y Reinsdorf se hizo colaborador de la *Freiheit*, a la que procuraba influir en su sentido. Así surgió, pues, de la pluma de Reinsdorf el primer artículo puramente anarquista que publicó *Freiheit* el 10 de julio de 1880 bajo el título "Zur Organisation".

Los dos amigos de Reinsdorf, Otto Rinke y Emil Werner, abandonaron a Suiza después de espisar su condena y se dirigieron a pie a Bélgica, para participar en el noveno congreso anual de la Asociación Internacional de los Trabajadores en Verviers, en el que representaron algunas secciones de la Suiza alemana y un nuevo grupo anarquista de Alemania fundado por Reinsdorf. Después del congreso de Verviers se dirigieron todos los delegados a Gante, donde tuvo lugar del 9 al 15 de septiembre de 1877 un congreso socialista mundial en el que debían estar representadas todas las tendencias del movimiento socialista. La iniciativa de la convocación de este congreso partió del congreso de la Internacional anti-autoritaria en Berna y correspondía a la proposición de la Federación belga, que quería otra vez aún hacer el intento de reunir todas las tendencias del movimiento obrero en una organización común que tuviera en cuenta la actitud particular de cada escuela. Pero las adversidades habían prosperado ya demasiado para que este deseo de unidad, inspirado en los mejores motivos, hubiera podido ser colmado.

Cuando el congreso entró a tratar el segundo punto de la orden del día, que se refería a la posición del proletariado frente a los diversos partidos políticos, James Guillaume dijo en su discurso que el partido obrero socialdemócrata de Alemania en su último programa electoral había esquivado medrosamente toda demanda verdaderamente socialista. Wilhelm Liebknecht se opuso a esas opiniones del modo más violento y las calificó en pocas palabras de una mentira. Sobre esto declaró Guillaume que estaba en situación de demostrar documentadamente su afirmación, pero que se le debía dejar tiempo hasta el día siguiente, en que estaba dispuesto a presentar su material al congreso. Liebknecht, que indudablemente no tenía en ese punto una conciencia tranquila, se acomodó después de la tranquila y objetiva declaración de Guillaume a retirar la palabra "mentira", pero mantuvo por lo demás su afirmación. Al día siguiente presentó Guillaume al congreso un informe de la *Berliner Freie Presse* — entonces el diario socialdemócrata más influyente y difundido en Alemania — sobre el congreso del partido socialdemócrata en Gotha, que había tenido lugar tres meses antes. En ese informe habían sido reproducidas también las palabras de Johann Most, en otros tiempos diputado al Reichstag, que hizo en Gotha una severa crítica a la actividad electoral del partido y declaró textualmente: "Y en general se ha mantenido en todas partes toda la reserva posible... El color del socialismo no se podría reconocer en los programas".

Liebknecht, que en este incidente parecía estar incómodo, se dirigió a Guillaume y le dijo: "Juzgando las cosas según ese pasaje, tiene derecho a hablar como yo mismo". Pero intentó demostrar que la *Berliner Freie Presse* no había reproducido el sentido de las palabras del dis-

curso de Most. Pero esto era tanto menos aceptable cuanto que Most mismo era en aquella época redactor de ese periódico.

En los días siguientes pronunció Emil Werner en el congreso un hermoso discurso en que analizó el programa, la táctica y la forma interna de la organización del Partido socialdemócrata de Alemania con una crítica demolidora y expuso las causas que impulsaron a un cierto número de trabajadores alemanes a adherirse a la Internacional federalista y revolucionaria. El discurso de Werner fue atendido por el congreso con la mayor atención y es de señalar que ninguno de los delegados alemanes presentes se atrevió a refutar a Werner. Precisamente Liebknecht había ya abandonado el congreso, pero hasta adversarios tan rabiñosos e irreconciliables del anarquismo como Hermann Greulich y Leo Fraenkel quedaron mudos. Esta era por lo demás la primera vez que un anarquista alemán se presentaba frente a los jefes del partido socialdemócrata públicamente en un congreso internacional.

Después del congreso de Gante, se dirigió Werner a Alemania a fin de actuar allí en pro de sus ideas. Habló en octubre del mismo año en Leipzig sobre el tema: "El congreso socialista internacional de Gante y los principios del anarquismo", donde hizo ver agudamente las contradicciones entre el socialismo libertario y el autoritario. En la discusión que siguió a la conferencia, un gran número de obreros declararon su acuerdo con las opiniones del orador. En diciembre había convocado el partido socialdemócrata un gran congreso en la misma ciudad para recomendar a los trabajadores participasen en las elecciones a los tribunales industriales de arbitraje. Werner se presentó en esa reunión como orador de discusión y dijo que el pensamiento del llamado tribunal industrial de arbitraje sólo era una emanación de la vieja teoría burguesa de la armonía entre el capital y el trabajo y que contradecía directamente la idea de la lucha de clases que defendían supuestamente la socialdemocracia. Un par de jefes socialistas locales respondieron violentamente a Werner e hicieron resaltar especialmente la necesidad de una evolución gradual, no dejando al mismo tiempo de prevenir a los trabajadores de una manera expresiva contra las teorías anarquistas, que sólo podían aportarles desdichas. Sin embargo, la resolución que Werner había presentado recibió la aprobación de un tercio de los votos del congreso.

También en Munich tuvieron lugar desde el verano de 1887 numerosas discusiones entre anarquistas y socialdemócratas, especialmente cuando se estableció allí un poco de tiempo Otto Rinke. Los argumentos con los que se combatía el socialismo libertario, se deducen de una correspondencia al *Bulletin* de la federación jurasana del 4 de febrero de 1873, donde se lee: "porque uno de los nuestros había dicho que el sistema de la centralización y de la autoridad no permite a los obreros discutir y formarse una opinión propia, se pretendió que insultábamos a los obreros y que los considerábamos como imbeciles... Esto no son más que combates de vanguardia, pero con el nuevo año comenzaremos una propaganda regular, pues ganamos cada día más terreno." Como parece este deseo no fué colmado, puesto que diversas de las mejores fuerzas se vieron forzadas a abandonar Munich a consecuencia de la desocupación, y poco después la ley contra los socialistas puso fin a todas las discusiones de principios.

RUDOLF ROCKER
(Continuad)

(1) Johann Most. "August Reinsdorf und die Propaganda der Tat, New York, 1885.

(2) James Guillaume, "L'Internationale", tomo cuarto.

(3) Kropotkin, *Memoiren eines Revolutionaers*, tomo II Stuttgart, 1903.



Pensamientos escogidos de E. Coeurderoy (1849-1855)

Un deplorable malentendido pesa sobre la sociedad civilizada, y se traduce en todas nuestras expresiones. Las nociones convencionales que comprendemos hoy bajo el nombre de interés, de moral y de destino, son contrarias a la verdadera moral, a nuestro interés real, a nuestro destino natural.

He observado como anatómico a muchos hombres de talento, envidiado, de reputación brillante, ídolos y banderas de partidos; los he visto a todos, perteneciesen a la opinión que perteneciesen, mentir para llegar al poder.

Abatid, abatid siempre; no hay que conservar nada de lo que la tierra soporta. No tengáis miedo; la reconstrucción será más fácil que la demolición; porque tantos abusos como neguéis en el presente, otras tantas soluciones equitativas prepararéis para el porvenir.

En nuestro siglo de imitación se llama sabio a cualquiera que pase su vida cargando su memoria de ideas ajenas, recitándolas y recitándolas en toda ocasión.

La extrema erudición es la mayor plaga de nuestra época. Nuestros contemporáneos no saben decir su opinión sobre nada: citan. No les supliquéis que no repitan en griego o en latín lo que se encuentra en cada página en los libros modernos: citan. Los jeroglíficos orientales están sobre todo a la moda; no se trata de que el público comprenda: se cita. Espiar una cita, agarrarla por los cabellos, arrastrarla desfigurada sobre una hoja de papel blanco, he ahí el mayor mérito de los escritores franceses contemporáneos. Esto es más cómodo y más sabio.

Que cada uno, en cualquier condición social que se encuentre, grande o pequeño, rico o pobre, artesano o literato, que cada uno haga como yo y se proclame libre. Y no os atormentéis; entonces por la salvación de la revolución; estará mejor en manos de todo el mundo que en manos de los partidos.

Para hacer pasar la revolución como un hierro al rojo a través de este siglo, sólo hay que hacer una cosa: *Demoler la autoridad.*

Es preciso descubrir el íncubo principio en virtud del cual la mayoría de la humanidad se encuentra excluida del derecho a vivir. Es preciso saber por qué los tesoros de la naturaleza y los prodigios del espíritu humano son confiscados por adelantado y para siempre, a menos de reivindicación.

Te digo la verdad: Todos aquellos a quienes los poderosos condenan son víctimas de la iniquidad de los poderosos. Cuando un hombre mata o roba se puede decir con seguridad que es la sociedad la que guía su brazo.

Si el proletario no quiere morir de miseria o de hambre, es preciso: o que se convierta en objeto ajeno, suplicio mil veces más horrible que la muerte, o que se insurreccione con sus hermanos. O en fin, que se insurreccione solo, si los demás rehusan compartir su resolución sublime.

¡Y a esta insurrección la llaman crimen!

Para aquel que se ocupa de la ciencia social no hay más que una cosa a su alcance: marcar con lápiz rojo todos los edificios que deben desaparecer. El hombre es demasiado limitado para abarcar el conjunto de los objetos y de los siglos que concurren a la reconstrucción de las sociedades. Sólo la humanidad entera puede reconstruir, eterna como es, y dueña de su acción en todos los medios.

El hombre que trata de construir no hace más que crear, contra la sociedad, sectas temporales. Un hombre solo, armado de una piqueta y de ánimo, puede derribar una casa; no podría levantarla. Es preciso que en la reconstrucción sean empleados trabajadores de todas las especialidades, los que saben tallar la piedra, los que liman el hierro, los que sierran la madera, los que amueblan y los que decoran. En fin, por bien organizado que sea un hombre, no logra bien más que un trabajo. La sociedad es más grande que el señor L. Blanc, más sabia que Etienne Cabet, más progresiva que los revolucionarios. Yo no estoy con los revolucionarios, estoy con la revolución. No estoy con los sistemáticos, estoy con la ciencia.

Luis Fabbri - "Cartas a una mujer"

(Un volumen de 112 páginas)
SUMARIO:

Prefacio a la edición española. — Anarquistas y Anarquía. — Los anarquistas y la violencia. — Anarquía y revolución. — Los anarquistas y los otros partidos. — Los anarquistas y la legalidad. — Los anarquistas no son utopistas. — Los anarquistas son socialistas. — El socialismo anarquista. — El consumo y el trabajo en la Anarquía. — La organización del trabajo en la Anarquía. — Anarquía, ausencia de gobierno. — Los anarquistas y la moral. — Las pasiones en la Anarquía. — La familia burguesa y los anarquistas. — Las mujeres, el amor y la familia en la Anarquía. — La educación de los niños en el anarquismo. — Los anarquistas y el patriotismo. — Los anarquistas y la religión. — Dioses y curas en la Anarquía.

LITERATURA ANARQUISTA EN IDIOMA ALEMÁN.

Los camaradas alemanes en los países sudamericanos, podrán en lo sucesivo encontrar en nuestra librería todas las publicaciones de *Der Syndikalist*, de Berlín, que es, sin duda alguna, la mejor editorial de la literatura anarquista en idioma alemán. Igualmente los nombres de Kropotkin, de Bakunin, de Malatesta, de Nettlau, de Goldman, de Berkman, etc., cuyas obras figuran en esa colección, nos eximen de todo comentario. — En nuestro diario se publicará la lista de los precios y títulos de las obras; pueden también los interesados solicitar de la administración el catálogo.

EDITORIAL LA PROTESTA
PERÚ 1537
BUENOS AIRES